

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3, 3-7.14-17a): **Dios hace al padre más respetable que a los hijos.**

Salmo (127, 1-2.3.4-5): **«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!»**

2ª lectura (Colosenses 3,12-21): **El Señor os ha perdonado; haced vosotros lo mismo.**

Evangelio (Mateo 2, 13-15.19-23): **Así se cumplió “que se llamaría nazareno”.**

La lectura de hoy, reflejan el contexto cultural y religioso de su época. En él aparece la realidad humana, y podemos ver reflejadas las distintas instituciones hechas para canalizar anhelos y responder a las diversas necesidades que los humanos sentimos. Porque nuestro mundo de relaciones siempre está sembrado de desencuentros. Cualquier institución, creada para responder a una necesidad, puede convertirse, en un problema mayor que aquel que pretendía resolver.

Es lo que puede pasar con la familia, institución privilegiada para dar satisfacción al inmenso anhelo de cariño, seguridad y protección, pero que puede ser escenario de los odios más terribles, unos miedos mayúsculos y una inseguridad grande. Pero no es solo de una época, es de todas. También de la nuestra y de la antigüedad.

En las lecturas se habla de las relaciones humanas. Para todas ellas el sentido religioso pide una sensibilidad relacional muy respetuosa, generosa, y servicial. Nos da unas claves que, surgidas en la conciencia humana desde muy antiguo, sirven para ir creciendo y hacerlas más intensas con el paso del tiempo y nuestra madurez personal: Es el sentido de reconocer en el otro la imagen de Dios, es decir, otorgarle la cualidad de intocable y sagrado, especialmente cuando se trata de seres queridos o indefensos. Lo primero la dignidad de todos.

Las relaciones cercanas de comunidad y familia son de una necesidad extrema para el niño que comienza su andadura por la vida. También, para el adulto que conoce la soledad del mundo. Dios nos pide, una atención especial a estas relaciones, precisamente porque son muy especiales para nosotros en la vida.

Tenemos ejemplos. Desde el problema de la soledad en la vejez, a la diversidad de formas de pensar, a las penalidades compartidas en momentos de dificultad. Siempre nos necesitamos. Siempre podemos aportar esperanza y ánimo, siempre el ser humano necesita un empujón cariñoso que lo impulse o una mano cercana que lo sujete. Pero no solo necesitamos personas que hagan esto. Necesitamos instituciones sociales en las que vivir y desarrollar los lazos que nos dan la seguridad de encontrar a esas personas. Necesitamos modos estables que den forma al encuentro familiar o social.

Y no es fácil decir cuál es la forma más apropiada en tiempos de cambios grandes y frecuentes. Porque la familia, igual que la de Jesús, tiene su camino. Todas las formas familiares tienen que volver a Egipto para saber conjugar la libertad, la responsabilidad y la unión. Lo que permanece, en el mundo de los cambios, es lo que mejor responde a la necesidad humana de crecer y sentirse arropado, como hacía María con su hijo, camino de otras tierras y horizontes.

Jesús, durante la predicación del Reino, va a redefinir unas nuevas relaciones familiares con aquellos con los que se siente “*en familia*”: **«Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre»** ^(Mt 12,49-50). Esta nueva familia de Jesús comparte con Él la misión y, al igual que Él, puede llegar a ser perseguida ^(Mt 10,16-25).

Sabemos que en distintas partes del mundo, muchos hermanos nuestros están siendo perseguidos por ser fieles a Jesús. En nuestro entorno cultural es posible que no nos persigan con la espada, pero sí con la mofa, la burla o el descrédito. Entonces podremos decir como el Quijote: “*Ladran, Sancho, señal que cabalgamos*”.

La nueva familia de Jesús, al igual que la de los lazos sanguíneos, ha de estar atenta a la Palabra de Dios, como hizo José, para descubrir lo que el Señor le va pidiendo en cada momento. Escuchar, leer la Palabra, puede darnos pistas para recorrer el camino de nuestra existencia, darnos las claves de sentido para el camino y dotar a la vida de horizonte, de una meta.

Cuando decimos que “*estamos en familia*” queremos decir que, aunque no nos rodean nuestros padres, hermanos, hijos, abuelos... estamos con un grupo humano con el que tenemos relaciones tan profundas y de tal confianza como las familiares.

“*Nuestra familia*” es el ámbito por excelencia para el aprendizaje y crecimiento de las relaciones interpersonales. Tejer relaciones en el ámbito familiar desde el agradecimiento de lo recibido y el cuidado mutuo, especialmente en los momentos de debilidad, y vestirnos con los valores de misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión... que nos permitirá acopiarnos de un bagaje para construir la gran familia de los creyentes, y de la humanidad, para “*ser comunidad*” en la casa común: la Iglesia.